

como un solo hombre, é imperando con voz mas fuerte que la de todos los gobiernos. De consiguiendo adelantóse en union de los rusos, alabado, aplaudido, acariciado por Alejandro, cuya política hallaba una confirmacion brillante en este suceso.

Entretanto Murat se habia detenido en Koenigsberg con la muchedumbre de generales y oficiales sin tropas, unos moribundos, y otros usando un lenguaje casi sedicioso, exasperados por los padecimientos. Hasta el mismo mariscal Ney, á pesar de su heroismo, á pesar de los halagos que Napoleon le hizo, no pudiendo ya contenerse, hablaba en alta voz contra el gefe desatentado, que, segun su aserto, habia precipitado al ejército francés á un abismo. Tambien Murat, como ya queda referido, se habia sublevado hasta cierto punto, bien que, por efecto de las observaciones del mariscal Davout guardó silencio, volvió á tomar el mando en el nombre, pero sin mandar nada, ignorando qué hacerse. Berthier, enfermo á la par de resultas de un ataque de gota, y de la ausencia de Napoleon, reducido á guardar cama, no sabia qué aconsejar en aquella situacion sin ejemplo. Entonces fué cuando se supo la defeccion del cuerpo prusiano, y viendo las manifestaciones de sentimientos que en los habitantes de Koenigsberg provocaba la tal noticia, no se vaciló ya en abandonar la ciudad, en renunciar á la linea del Niemen que habia cesado de serlo despues de helado este rio, y que por todas partes pasaban los rusos. Disputar el terreno solo sirviera para hacer que fueran degollados nuestros diez ó doce mil enfermos, número que la muerte disminuia de continuo, pero

que aumentaba tambien sin cesar la llegada de nuestros rezagados. Con la retirada se podian confiar estos preciosos restos, ya que no á la benevolencia, al honor de la nacion prusiana. Enfermeros y médicos se dejaron á nuestros enfermos para cuidarlos, fondos para proporcionarles comestibles, pues ya nada se podia esperar de la buena voluntad de los prusianos, y habia que darse por felices de que el furioso pueblo de Koenigsberg no se lanzara al degüello. De seguida evacuóse esta capital de la Vieja Prusia.

Otra vez tuvo el mariscal Ney el cargo de formar la retaguardia con la division de Heudelet y con los dos mil hombres que habian quedado de la division de Loison. Se puso en marcha sobre Braunsberg, Elbing y Thorn. Como el frio se habia atenuado, como se hallaban comestibles, como poco á poco habia pasado delante la muchedumbre de nuestros rezagados, como ya no habia que temer el contagio de la desbandada, se pudo caminar ordenadamente, yendo á la cabeza los estados mayores sin tropas y con prisa de volver á ganar el Vistula.

Tan precipitada fué la evacuacion de Koenigsberg, que nadie hizo caso del mariscal Macdonald, dejado en Tilsit, á veinte leguas de Koenigsberg, sin tener mas que siete ú ocho mil polacos, fieles pero extenuados. A voz en grito pedia que se le esperase, pues juntos formaran quince ó diez y seis mil hombres, capaces de imponer respeto. Sus cartas, que debian ir á buscar á Murat, ya trasladado á Thorn, no produjeron fruto. Asi se anduvo hasta el 13 de enero, no pensando cada cual mas que en sí propio, retirándose las reliquias del

grande ejército por destacamentos de cincuenta ó cien hombres, obligando á los habitantes á suministrarles víveres cuando eran los mas fuertes, muriendo de hambre ó de frio cuando para hacerse oír no tenían fuerza ni dinero, y distando quince leguas una de otra la division de Grandjean á las órdenes de Macdonald, y la division de Heudelet á las de Ney, únicas tropas organizadas aun subsistentes.

Por fortuna los prusianos, á quienes con el abandono de Koenigsberg se habia dejado una presa muy capaz de ocuparlos, y los rusos, muy extenuados, y á quienes Macdonald y Ney trataron mas de una vez con dureza, no nos persiguieron bastante de prisa para envolvernos. A mediados de enero llegóse al Vistula y lanzáronse todos á las plazas provistas por Napoleon ampliamente. El general Rapp se habia adelantado al ejército en Danzick. Allí habia un conjunto de cinco ó seis mil hombres de varias naciones y todas armas. Ademas envió Murat la division polaca de Grandjean, la del general Heudelet, y los restos de la de Loison. De este modo tuvo Rapp cerca de veinte y cinco mil hombres útiles bajo su mano. Granos y bebidas espirituosas poseia en abundancia. Con su caballería hizo una batida á la isla de Nogath, cogió muchos rebaños y forrages, y despues metióse dentro de las vastas obras de Danzick para defenderse hasta el último extremo.

A tenor del consejo perseverante del mariscal Davout, se señalaron junto al Vistula puntos de reunion á los diversos cuerpos del antiguo ejército. A Danzick debieron dirigirse los cuadros de los unos, y á Thorn, á Marienwerder y á Marienburgo

los de los otros. Todo soldado que llegara, pidiendo pan y equipo, debia ser enviado á su depósito en estas plazas. Al cabo de algunos dias habia mil quinientos hombres en el primer cuerpo, de Davout, y un número proporcionado en el 2.º de Oudinot, en el 3.º de Ney, y en el 4.º de Eugenio.

Establecido se hallaba el cuartel general en Thorn. Despues de permanecer dos ó tres dias, ni allí creyó Murat que podia hacer alto. Efectivamente, habiendo sido lanzadas á la plaza de Danzick las divisiones de Heudelet, de Loison y de Grandjean, no quedaban mas que diez mil hombres sin cohesion ni concierto, para acompañar al cuartel general y para custodiar la inmensa cantidad de banderas allí reunidas con el objeto de salvarlas. Estos diez mil hombres se componian de mil ochocientos reclutas hallados en el camino y destinados al cuerpo de Davout, de mil doscientos napolitanos selectos, de cuatro mil bávaros partidos recientemente de sus hogares para cubrir las bajas del ejército de sus compatriotas, y por último, de tres mil hombres de la Guardia Imperial, que desde Koenigsberg se habian reunido poco á poco, y entre los cuales se contaban mil ginetes y doce piezas de artillería. Sintiendo demasado apretado en las inmediaciones de Thorn el general Gerard, que mandaba este conjunto, se precipitó sobre el enemigo con su habitual energía, y le quitó la gana de estrecharnos tan de cerca.

Algo eran aquellos diez mil hombres bajo tal mano, pero no podian defender el Vistula, helado como todos los rios de Polonia y de Prusia, y no ofreciendo de consiguiente una barrera contra el enemigo. Sobre todo no podia preservar á Murat

y á quanto le rodeaba de una afrenta, si unidos los rusos de Tchitchakoff á los de Wittgenstein trataban de envolverle. No quiso, pues, Murat permanecer junto al Vístula y trasladóse á Poszen, que promediaba la distancia entre el Vístula y el Oder. Asi hallábanse evacuadas toda la Vieja Prusia y la Polonia, y ocupadas las plazas, teníamos en línea diez mil hombres, mezclados de napolitanos y de bávaros, y entre los cuales se contaban cuatro mil franceses á lo sumo. Para contener á la agitada Alemania quedaban en Berlin los diez y ocho mil hombres del general Grenier, y la division de Lagrange, única de las cuatro de Augereau que este mariscal mantuvo á su lado.

Otro suceso vino á fomentar aun la efervescencia de las poblaciones germánicas. Se habia incurrido en el yerro de dejar una guarnicion alemana la mayor parte en Pillau, pequeña plaza marítima que cerraba la entrada del Frische-Haff. Se habia hecho asi contra el dictámen del mariscal Macdonald, quien fundadamente no quería privarse de tropas activas mas que en favor de plazas capaces de defensa y con guarnicion donde predominaran los franceses. No llenando Pillau estas condiciones se habia rendido efectivamente con grande aplauso de los prusianos y viva satisfaccion de los ingleses, que se apresuraron á penetrar en el Frische-Haff con sus buques de guerra. Muy pronto introdujeron alli sus convoyes mercantes, lo cual proporcionó á los moradores de la Vieja Prusia, además de la satisfaccion patriótica de verse libres de sus vencedores, la satisfaccion material de ver comenzar nuevamente el comercio de géneros coloniales, de que estaban privados hacia largo tiempo.

Siendo tan funestas las noticias de nuestra izquierda, no eran mejores las de nuestra derecha sobre el alto Vístula. No encontrando nada que hacer el general Reynier y el principe de Schwarzenberg en Minsk, se encaminaron á Varsovia. Batirse hubiera deseado el general Reynier, teniendo buenos soldados en los sajones, cuya estimacion supo grangearse, y además cinco ó seis mil franceses de la division de Durutte para contenerlos; pero el principe de Schwarzenberg le disuadia sobremanera, diciéndole que se debilitaría inútilmente guerreando durante el invierno, y que era menester retirarse á Varsovia, cubrir esta capital, proporcionarse allí cuarteles tranquilos, y aguardar la llegada de las fuerzas que Napoleon no dejaria de traer para la primavera. Al par que el principe de Schwarzenberg daba estos consejos, se iba retirando, obligaba al general Reynier á imitarle, recibia en su cuartel general á los oficiales rusos, aceptaba sus cortesías bajo pretexto de que no se podia eximir de ellas, dejaba que le hablasen de armisticio, tambien hablaba por su parte, no vendia precisamente á Napoleon, cuyo matrimonio habia negociado, y á quien debia el baston de mariscal, pero se dedicaba ante todo á cuidar de su hueste, y despues anhelaba estar en franquía para los diversos cambios de politica que preveia por parte de la córte de Viena. Al mismo tiempo aconsejaba al general Reynier, á Mr. de Basauo y á todos la paz, que era su mas ardiente voto como austriaco y como personage favorecido por la córte de Francia.

Asi mientras se iba á pasar el Vístula por nuestra izquierda, sin embargo de las plazas de

que éramos señores, también debía esperarse verlo pasar por la derecha, junto á la misma Varsovia, sin embargo de la presencia del príncipe de Schwarzenberg, y para hacer cara al enemigo había en Posen diez mil hombres, entre napolitanos, bávaros y franceses, no osando atraer á los veinte y ocho mil hombres de Grenier y de Augereau, que eran indispensables en Berlín para contener á la Prusia. Por valeroso que fuera el corazón de Murat, su débil cabeza no podía resistir largo tiempo á situación semejante. No temia el cañon, que jamás le había intimidado, pero la pasión de reinar le devoraba ardientemente. Mil siniestras visiones asediaban su imaginacion exaltada. Ya veia á los pueblos de Italia excitados por los eclesiásticos y por los ingleses, sublevándose desde los Alpes hasta el estrecho de Mesina, y derrocando en aquel país los tronos de Bonaparte; ya se creia abandonado por Napoleon mismo, que le amaba escasamente y que, obligado para obtener la paz á sacrificios, los haria de mejor grado en la Baja que en la Alta Italia, y todavía mas en la una y en la otra que en Francia. Cuando estas imágenes se apoderaban de su cerebro, perdía su sangre fría, y queria partir para salvar aquella corona, objeto de tan largos deseos y galardón de tanto heroismo. Tanta vino á ser su desconfianza, que, no contando ya ni con su esposa, llegó á temer que se plegase á la política de Napoleon, y esto le daba nuevo motivo para tornar á Nápoles cuanto antes. Atormentado por tales zozobras, por las infaustas noticias que sobre la retirada del ejército le llegaban de continuo, llamó de pronto al príncipe Berthier que seguia de mayor general, aunque

medio muerto, y á Mr. Daru, que solo estaba encargado del material del ejército, si bien era consejero siempre consultado en las circunstancias importantes por su carácter entero y prudencia consumada. Les comunicó su proyecto de abandonar el ejército, alegó su salud por pretexto, y resistió á todas las instancias del príncipe Berthier y de Mr. Daru, que procuraron alternativamente hacer influir en su ánimo el interés del ejército, el interés de su propia gloria, la ira de Napoleon, la dificultad de encontrar quien le sucediese. A esta última objecion respondió Murat designando al príncipe Eugenio, y anunció que le iba á enviar á llamar de Posen. Con efecto, le despachó un correo desde Thorn sin decirle por qué le llamaba al cuartel general. Llegado este príncipe, le declaró su resolucion de partir y de designarle para general en jefe del grande ejército, interin las órdenes de Napoleon eran conocidas. Asustado, por modestia ó por apatía, de esta distincion el príncipe Eugenio, era á pesar de todo el único que podia ser elegido, pues se había ganado mucha honra en la campaña de Rusia, acreditando rara bizarría, algunos conocimientos militares y verdaderas virtudes. Por último, era príncipe, lo cual se debía considerar mucho en aquel sistema, llegado en poco tiempo á tan monárquico como el de Luis XIV. Estrechó á Murat para que se quedase, no pudo conseguirlo y acabó por aceptar resignadamente un cargo, que miraba como superior á sus fuerzas. Se mantuvo en Posen con los diez mil hombres de todas las naciones ya enumerados, suplicando al general Reynier y al príncipe de Schwarzenberg que se sostuvieran en Varsovia

lo cual le cubria hácia su derecha, contando con que al menos delante de Thorn y de Danzick se detendrian por su izquierda algun tiempo los rusos, y ordenando al general Grenier con sus diez y ocho mil hombres, y Augereau con los nueve ó diez mil de la division de Lagrange, que estuvieran prontos á venir en su ayuda, si la necesidad lo requeria.

¡Véase lo que del grande ejército quedaba! ¡Veinte y cinco mil hombres en Danzick, diez mil en las plazas de segundo orden del Vístula, otros diez mil de todas las naciones en el cuartel general de Posen, algunos franceses y sajones, dominados en Varsovia por los movimientos del príncipe de Schwarzemberg, y por último, veinte y ocho mil hombres en Berlin á las órdenes de Grenier y de Augereau, y sin atreverse á moverlos de este punto por temor de un levantamiento general de Alemania. Mucho distaba esta situacion de la que Napoleon se forjaba, creyendo establecidos todavía doscientos mil hombres junto al Niemen y empleados en disputar á los rusos las poblaciones de Koenigsberg, Kowno y Grodno, mientras fueran en su ayuda otros trescientos mil soldados. Llamado habia á Napoleon á París la necesidad de organizarlos, y su partida habia producido la pérdida de los doscientos mil hombres dejados junto al Niemen. Asi fuera preciso que estuviera á la vez junto al Niemen para salvar á los unos, y en París para organizar á los otros. Al dejar el Niemen cometió una falta militar, y se hizo culpable del abandono de los compañeros de armas, á quienes habia precipitado á un abismo; permaneciendo en aquel punto, dejara entre su persona y París á

Alemania insurreccionada, no empuñara bastante de cerca las riendas de su administracion vasta, y cometiera á la vez una falta política y administrativa; de modo que, cualquiera que fuese su conducta, por alguna parte incurria en falta, cometia dos igualmente graves, y se exponia á deplorables interpretaciones. ¡Justo castigo de errores inmensos é irreparables!

Y ahora las consecuencias políticas de estos errores no eran de menos bulto que las consecuencias militares. El gefe de los desterrados alemanes, el baron de Stein, se hallaba en Koenigsberg juntamente con el general de York, allí convocaba á los Estados de la provincia, hacia decretar el armamento de la poblacion toda, y el empleo de los recursos pecuniarios del pais sin reserva alguna. A estas proposiciones respondia la adhesion universal, y miles de folletos, de proclamas, de cantos populares inflamaban en nuestra contra las imaginaciones alemanas. De algunos años atrás estaba cubierta Alemania de sociedades secretas, y la principal de ellas, la de la *Union de la virtud* (Tugend Bund), se habia esparcido universalmente. El entusiasmo por la patria alemana, el convencimiento de que, unida en un haz solo, figuraria como invencible, de que en lugar de ser alternativamente victima de los Estados del Norte ó de los del Mediodía, impondria la ley á todos y vendria á ser la primera nacion del mundo, la necesidad indispensable de unirse, de no considerarse ya como austriacos, bávaros, sajones, prusianos ó hamburgueses, como príncipes, nobles, de la clase media, ó plebeyos, como católicos ó luteranos, sino como alemanes prontos á dar la vida por su

pais hasta el postrero, la preferencia dada á todo lo de origen alemán en industria, en usos, en literatura; tales eran las ideas y los sentimientos que se habian dedicado á divulgar estas sociedades, y que propagaron con éxito inaudito, porque estas ideas y estos sentimientos cuadraban á todas las clases de la nacion germánica, y correspondian al amor de la igualdad de los unos, al espíritu monárquico de los otros, y al patriotismo de todos horriblemente ajado por la dominacion nuestra. Estas sociedades llevaron desde Koenigsberg hasta los últimos límites de Alemania, no solo la emociion natural é inmensa, y que no necesitaba de recursos artificiales para ser propagada, sino la voz de la conducta que debia seguirse. Según ellas, en todas partes convenia correr á las armas, servir al Estado con vidas y haciendas, unirse al emperador Alejandro, libertar á los reyes avasallados á la alianza francesa, y destronar como indignos á los que pudiéndose emancipar de esta alianza, quisieran perseverar fieles. ¡Viva Alejandro! ¡Vivan los cosacos! eran los gritos que en el delirio general se hacian oír donde quiera. Hasta habia jóvenes alemanes que en su exaltacion patriótica se dejaban la barba á semejanza de los cosacos, y no es menos digno de nota que los mismos principes y nobles excitaban este movimiento, que, sin embargo de su matiz de fidelidad monárquico, era profundamente democrático al modo que en España, donde se manifestaba igual pasion por la libertad y por el rey cautivo. No solo se sublevaba el patriotismo nacional y la fidelidad á los principes destronados ó abatidos, sino el amor á la libertad, que Napoleon se habia jactado de conte-

ner en Francia y en el mundo. De esta suerte lo que Napoleon maltrataba en su casa bajo el nombre de ideologia, salía en toda Europa de debajo de tierra para asaltarle. ¡Singular leccion que debiera servir á todos, y que no habia de aprovechar á nadie, pues aquellos principes, aquellos nobles, aquellos eclesiásticos, que en contra de Napoleon invocaban la libertad ahora, muy pronto, despues de Napoleon derrocado, se la iban á disputar y á negar á sus pueblos!

Este vigorosísimo empuje, solo comparable al que á la aparicion del duque de Brunswick el año de 1792 experimentamos nosotros, sintióse á la vez en Berlin, á pesar de la presencia de nuestros soldados, en Dresde, en Munich, en Viena, á pesar de nuestra alianza, en Hamburgo, en Brema, en Cassel, á pesar de nuestra dominacion directa. No atreviéndose los prusianos á dar suelta en Berlin, ante la excelente tropa de Grenier, ni con obras ni con gritos á sus resentimientos, á pesar de todo mostraban en sus rostros la alegría mas insultante á cada noticia infausta para nosotros, y ni por dinero querian dar cosa alguna á nuestros soldados. Sin embargo, como al lado de los sentimientos mas sinceros se abre paso á veces la codicia, aun se encontraban aqui y alli algunos comestibles, si bien á precios exorbitantes. Asi ya no eran posibles las requisiciones de que hicimos tanto uso, pagando en bonos liquidables ulteriormente, á menos de provocar un levantamiento inmediato.

Fácil es comprender la sorpresa, el apuro, la perplejidad del infortunado rey de Prusia y de Mr. de Hardenberg, su primer ministro. Desde el

principio de su reinado no habia cesado de hallarse este monarca probo y prudente en las posiciones mas falsas para un hombre honrado y de buen seso. Contra su gusto y contra su instinto secreto arrastrósele en 1806 á romper con Francia, y casi perdió su corona, pues á esto equivalia quedar privado de dos terceras partes de sus dominios, y respecto de la otra en una dependencia absoluta. Resuelto á no incurrir mas en semejante falta, adhirióse en 1812 á la alianza francesa, y aun solicitóla, porque abandonado por Austria y Rusia, despues de empujarle una y otra, tambien se creyó en el derecho de salvarse, pactando con el mas fuerte. Mientras obraba de este modo, por exceso de precaucion quiso hacer que el mismo emperador Alejandro aprobara su conducta, y le envió á Mr. de Knesebeck, quien, con autorizacion ó sin ella, se adelantó en las excusas hasta el punto de manifestar doblez respecto de Francia. Y véase ahora á este soberano, que, conceptuando mostrarse mas cuerdo que el año de 1806 en el de 1812, aun parecia haberse extraviado, pues hallábase condenado á violar su palabra respecto de Francia, lo cual constituia á la vez una mala accion y un peligro, ó á batirse en favor de Francia, su opresora, contra amigos que se brindaban á ser sus libertadores. No sabia qué pensar, ni qué hacer, ni por dónde salir este príncipe excelente. Acceso habia tenido en su corazon la alegria de ver cómo se disipaba la dominacion francesa, pero emponzoñaba esta satisfaccion suya la confusion de hallarse nuevamente engañado al figurar como aliado de Francia, y el miedo de pasar por traidor si abandonaba á esta potencia. Le podia suminis-

trar excusa el grito violento y hasta amenazante de sus súbditos, forzándole á seguir este rumbo. Pero si sus súbditos se equivocaban, como seis años antes, si Napoleon, á quien se daba por vencido, no lo estaba, si por la primavera remanecia junto al Elba, triunfante de sus contrarios, si daba al traste con aquella Prusia incorregible, si trataba al sobrino de Federico el Grande como á la casa de Hesse. ¿Se hubiera podido alegar una sola queja? Asi, ora por miedo á Napoleon, ora por amor propio de no ser engañado, Federico Guillermo se inclinaba á creer que Francia no estaba vencida mas que por el momento, y siguiendo las fluctuaciones propias de un alma agitada, tras de creerlo algunas horas, ya no lo creia, despues tornaba á su opinion de nuevo, y en el desórden de su mente, cedia al hecho actual, es decir, á la presencia de treinta mil franceses en la capital de su reino.

Mr. de Hardenberg, que respecto de Francia habia pasado igualmente de la hostilidad á la alianza, era víctima de todas las perplejidades que mortificaban á su soberano, y además de las que nacia de su situacion personal. Si los sucesos condenaban la política de la alianza con Francia, para el rey habia una excusa muy obvia, la de la debilidad; pero para Mr. de Hardenberg no existia ninguna, se imputaria su conducta á ambicion, y á la mas vil de las ambiciones, á la que pacta con los enemigos de la patria.

Al saber la defeccion del general de York, el primer movimiento de Federico Guillermo fué recomriminar semejante acto. Al par temió verse comprometido con Francia, á la cual temia mucho, y

pasar por desleal, lo cual le costaba no poco, pues era verdaderamente honrado, y tenia empeño en que por tal se le reputase. Apresuróse á enviar en busca del ministro de Francia, Mr. de Saint-Marsan, y á desaprobar la conducta del general de York con energía, jurando que en semejante defeccion no habia entrado por nada. Mr. de Saint-Marsan, que se dejaba persuadir fácilmente por el acento de hombría de bien de Federico Guillermo, le afirmó que dudaria de la palabra de todo el mundo antes que dudar de la suya, y entonces este príncipe quedó consolado, encantado y seducido por la lisonja que le llegaba mas al alma, la confianza en su lealtad. En el primer arranque prometió desaprobar públicamente la conducta del general de York y someterle á una comision militar. Mr. de Saint-Marsan llevóse esta promesa como una especie de trofeo, que creyó útil oponer á las declaraciones de los enemigos de Francia.

Quando esta declaracion fué conocida, se irritaron mucho los patriotas alemanes, se arrebataron contra el monarca, contra Mr. de Hardenberg, contra la política del gabinete prusiano, y como nuestros emigrados tiempos antes, se dieron á repetir donde quiera que el rey no estaba libre. Sus ministros le dijeron que tal vez habia ido mas allá de lo razonable, y despues de desaprobar la conducta del general de York, negóse á que esta desaprobacion se publicara.

Mientras en Berlin era la exaltacion de los ánimos estremada, los franceses, que guardaban la capital de Prusia y tenian tan bien puesto el corazón como antes, respondian á las manifestaciones del patriotismo aleman con especies tan provoca-

tivas como imprudentes en alto grado. Aunque Augereau, gefe en Berlin, se mostraba ahora mas reservado que de costumbre, jóvenes oficiales declararon que los franceses no se dejarían engañar de nuevo por Prusia, que estaban alerta, que al primer acto de traicion se desarmaria á las tropas prusianas, que en el mismo Postdam se arrebataria á la corte, y que se acabaria con una potencia desleal de continuo. Estas especies, emanadas simplemente del lenguaje irritante de los prusianos, repetidas al rey en mal hora, le inspiraron terror al pronto, y despues un principio de cálculo sagaz en demasia. Hasta entonces ni por asomo le habia ocurrido la idea de abandonar á Francia; pero la de ser mas independiente de su dominio por virtud de los sucesos, de tomar posicion entre ella y sus enemigos, y de contribuir quizá de este modo á una paz ventajosa, se apoderó de pronto del espíritu de Federico Guillermo, como nacida de las circunstancias y tambien sugerida por la corte de Viena, segun va á verse. Para el rey el único medio de llevarla á cabo consistia en salir de la capital de Prusia, hácia donde se encaminaban ya los rusos como perseguidores y los franceses en su retirada, ir á establecer su corte en Silesia, en Breslau por ejemplo, plan no nuevo, pues se habia propuesto el año antecedente, estipular con rusos y franceses la neutralidad de aquella provincia, y aguardar alli el curso de los sucesos. Además, convenia aprovechar la coyuntura para armarse en grandes proporciones. Esta última providencia debia agradar á los patriotas alemanes que se lisongearian de volver estos armamentos contra Francia, al par que no suscitaria objecion



alguna por parte de los franceses, como que acababan de pedir á Prusia que duplicara su contingente.

Para atender á estos armamentos sin aumentar las contribuciones, se proponia el rey de Prusia exigir de Napoleon el pago de los suministros hechos á las tropas francesas. Efectivamente, por el último tratado de alianza se convino en que la cuenta de estos suministros se solventaria dentro de breve plazo, en que el pago recaeria sobre los cuarenta y ocho millones que aun debia Prusia, y en que si lo suministrado subiese de esta suma, se pagara el exceso al contado. Ahora bien, los administradores reales calculaban el valor de los comestibles y de los géneros de todas clases suministrados al ejército francés en noventa y cuatro millones. De esta suerte cuarenta y seis debian ser los recuperados, y con ellos bastaba para triplicar el ejército de Prusia, elevarle de cuarenta y dos mil á ciento veinte mil hombres, unirse al Austria, y hacer oír palabras razonables de paz tanto á los unos como á los otros. Convirtiéndose Francia de acreedora en deudora, por virtud de los tratados anteriores, tenia que entregar las plazas de Stettin, Custrin y Glogau al punto, y así podria hallarse el rey establecido en Silesia al frente de ciento veinte mil hombres, que se levantarían sin costar al país sacrificio alguno, apoyado en todas las plazas del Oder, aplaudido por los patriotas que clamaban por armamentos, exento de que le reconociese Francia, á la cual prometia fidelidad inalterable, siempre que perseverara en satisfacer los compromisos contraidos y en restituir á Prusia una situacion decorosa. Así el monarca, en medio

de sus perplejidades, creyendo todavía á Napoleon el mas fuerte, no pensaba en venderle, sino que pretendia ser mejor tratado que antes, entendia exigirlo, obtenerlo y contribuir de este modo á una pacificacion general de la cual saliera independiente y engrandecido.

Anunciado habia el envio á Paris de Mr. de Hatzfeldt, uno de los raros amigos que, segun hemos insinuado, quedaban en Prusia á Francia, para alejar toda sospecha de complicidad con el general de York. A su cargo tuvo, pues, Mr. de Hatzfeldt presentar al gobierno francés las proposiciones siguientes: traslacion de la corte de Prusia á Breslau, para estar allí fuera del teatro de las hostilidades: extension de los armamentos prusianos para servir mejor á la alianza: reembolso del dinero debido para costear estos armamentos: por último, restitucion de las plazas del Oder para cumplir los tratados y calmar el espíritu público. Acaso Mr. de Hatzfeldt tendria que explicarse en Paris acerca de una proposicion singular dirigida indirectamente por Napoleon á la corte prusiana á su vuelta de Rusia, y era la de unirse estrechamente á Francia por un vínculo de familia, segun ya lo habia hecho Austria, casando al heredero del trono con una princesa francesa, la cual faltaba hallar todavía. Napoleon habia insinuado que, en consideracion á este vínculo, restituiria á Prusia una parte de la extension y de la independencia que habia perdido. Pero á la sazón no era tiempo de que, en consideracion al poderío de Napoleon, se pudiesen resolver las cortes de Europa á alianzas con su familia. Por tanto, Mr. de Hatzfeldt debia eludir esmeradamente el tratar de este asunto,